



Plaza de Abastos de Plasencia.

NADA

■ MARIANO ROJAS

Hacia cinco semanas que Carmen no salía de su viejo apartamento de la calle Trujillo, cinco semanas y tres días para ser más exacto; el motivo de este voluntario encierro es algo complicado de explicar y al mismo tiempo sumamente sencillo de entender, si bien su decisión puede que resulte, psicológicamente, vaga y oscura. No obstante, intentaré resumir, en la medida que me sea posible, las circunstancias por las cuales un uno de enero, Carmen cerró tras de sí la puerta de su casa para no salir por ella en los siguientes 38 días.

Era finales de octubre cuando se empezó a escuchar en los despachos del Ministerio, donde Carmen trabajaba, el rumor de que sobaban un buen número de puestos de trabajo y que los últimos contratados iban a ser los primeros en abandonar el cálido y protector funcionariado. Carmen era uno de ellos. Al principio no le preocuparon mucho estas habladurías,

siempre se estaban escuchando cosas parecidas, pero con el paso del tiempo esos rumores fueron extendiéndose y tomando cuerpo hasta hacerse reales.

El caso es que antes de que pudiera darse cuenta, ella y otros 40 eventuales fueron a engrosar las frías estadísticas del Instituto Nacional de Empleo. Fue entonces cuando le dio por pensar, si bien es cierto que las dos primeras semanas como desempleada las dedicó a holgazanear, es decir; a levantarse tarde, pasear, ver la televisión hasta bien avanzada la madrugada, hablar con sus amigas por teléfono, mirarse en el espejo de la habitación durante horas..., no fue hasta la tercera semana cuando Carmen comenzó a analizarse, a ser consciente de su actual situación, a preocuparse.

¿Quién era ella?! Una mujer de 34 años, con unos estudios universitarios que no le habían servido de casi nada, viviendo sola en un viejo apartamento en régimen de alquiler,

dentro de una vetusta ciudad extremeña como era Plasencia. Objetivos... ¿cuales eran sus objetivos?... ¿encontrar un nuevo trabajo, conocer a un buen hombre con el que empeñarse para adquirir una vivienda, tener hijos...? Sea como fuere, a medida que avanzaba en estos y otros razonamientos de similares características, su ánimo y su decisión por desear alcanzarlos fueron desplazándose hasta convertirse en sus peores enemigos.

Tenía que haber alguna otra cosa en esta vida, algo que rompiera con la monotonía que le aguardaba, y siempre, claro está, en el mejor de los casos. Fue entonces cuando la brillante idea la condujo al aislamiento: no saldría de su casa hasta que no tuviera una razón sincera, una ilusión por la que pisar la calle con fuerza.

Y así los días fueron pasando tristes, exaltados por momentos ante algún atisbo de salida, monótonos e invariables en general; como aquellos otros cuando el despertador la hacía levantarse a las 7 de la mañana para traspasar a tiempo el umbral del Ministerio. Este insignificante descubrimiento la deprimió un poco más. Cómo no pensó antes en aquel encierro..., ¿quizá porque estaba retribuido? Sí, esa era la trampa y al caer en ella se sintió aún mucho peor. ¡Pero si eso es algo obvio, si hasta un niño es consciente de este hecho! Ya, pero ella sólo se enteró cuando decidió recluirse entre las cuatro paredes de su apartamento; un cerebro con un norte no establecido: luchar por una salida noble.

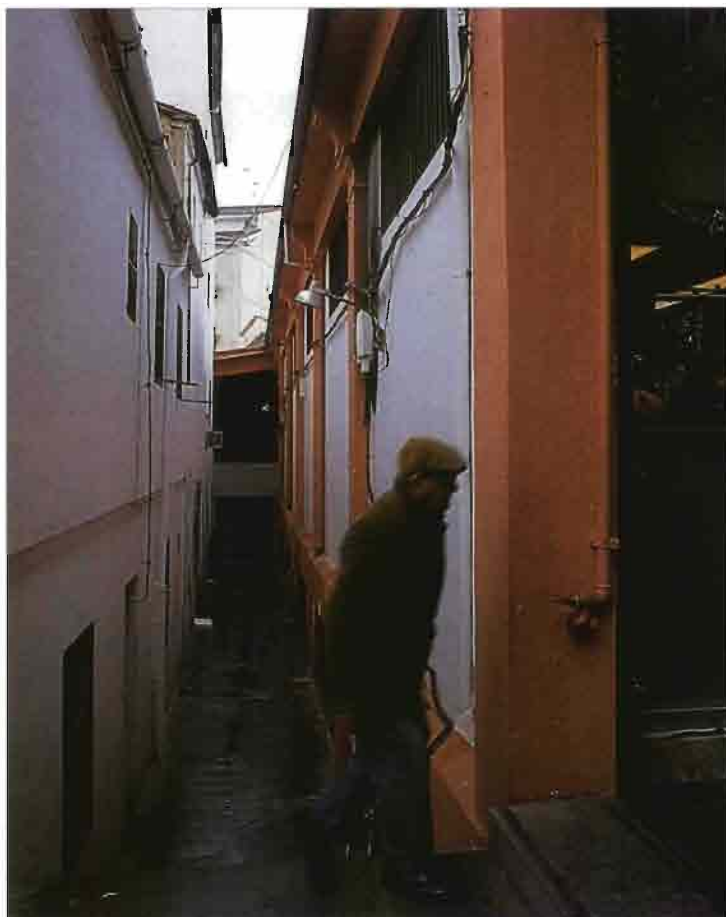
Mientras todo esto ocurría en su interior y los días y las semanas iban sucediéndose como las rayas en los muros empapelados de su habitación, el frigorífico y la despensa se debilitaban como su ánimo por encontrar alguna respuesta a sus muchas preguntas que le permitiera caminar por las aceras, maquillada con los tonos de la esperanza y exhalando el perfume de quienes sólo son capaces de sentir el aroma de su propia soledad. Detrás de los cristales, el invierno teñía la ciudad con los colores imprecisos del olvido; Plasencia, sentía Carmen, era un lugar donde la gente se conocía pero que ignoraba quienes eran. Ella era un claro ejemplo: después de 21 días de incendio psicológico sabía tanto de sí misma como un vagabundo de altas finanzas; sin embargo, estaba aprendiendo algo muy importante: vivir, conscientemente, dentro de una lata vacía de conservas, y eso, ya era algo.

Durante aquellos interminables días, Carmen fue experimentando un sinfín de sensaciones contradictorias; lo mismo creía haber encontrado la puerta que la conduciría al ansiado y peregrino cañón de luz, tras el cual le esperaba impaciente una vida rica

en ilusiones y sobre todo, propia, como que se rompía las narices contra los cristales del balcón de su casa, sin ver más allá que su propia imagen reflejada sobre el tejadillo de la Plaza de Abastos, instalada desde hacía casi cien años frente a la misma Plaza del Ayuntamiento; entonces fruncía el ceño, se dirigía hacia la cocina, abría el frigorífico y no encontraba nada.

Nada, vocablo que indica la negación absoluta de las cosas, la carencia total de todo ser, se convirtió durante su última semana de clausura en la palabra clave. A veces llegaba a la conclusión de que ésta era la única respuesta válida a sus preguntas, de que "Nada" era lo que le esperaba y que al menos, ahora, era consciente de ello; incluso llegó a pensar que "el no ser" debía convertirse en el principio de su nueva andadura. Claro que, después, todo esto le parecía una nada resultante de su estómago vacío y volvía a asomarse al tejadillo del Mercado, hasta que un miércoles ocho de febrero, Carmen decidió romper su encierro, esconder sus pretensiones diferenciadoras en el fondo de su lata vacía de conservas y salir a la calle para llenar su despensa.

Aquella mañana, Carmen sentía el cielo tan limpio y brillante como los ojos de un niño frente a su tarta de cumpleaños. Un viento frío recorría las soleadas aceras alterando el ritmo de las faldas de las señoras, tirando de sus carritos de la compra



camino del mercado, mientras un grupo de chavales saltaba y corría en la Plaza del Ayuntamiento entre gritos, imaginándose obstáculos. Con gusto hubiera dejado su pose de persona mayor para unirse a ellos, pero su reciente cura de aislamiento no la llevó tan lejos y se limitó a sonreírles.

Ni que decir tiene que se sentía casi feliz; los rostros de la gente parecían alegres, despreocupados, como si el mundo, de repente, se hubiera dado la vuelta para dirigirse a los habitantes de esta ciudad y decirles: ¡Hola, ya estoy de nuevo aquí, no os preocupeis por nada! Nada, como ya sabemos, fue el resultado último de sus indagaciones acerca de ella misma y su futuro; quizá fuera por ello que se detuvo pensativa ante las puertas del mercado, observando y sintiéndose absolutamente identificada con su entorno, absorbiendo la realidad como si sus ojos hubieran encontrado los lentes adecuados con los que verse a sí misma en la fe de no ser, y, por lo tanto, intentaba justificarse, única y completa como el filamento de una bombilla. Carmen hizo un mohín, dio la espalda a la Plaza del Ayuntamiento y entró en la de Abastos, recordando al Cicerón de su época de estudiante: "Mi conciencia tiene para mí más peso que la opinión de todo el mundo".

Dentro, el griterío era infernal comparado con el silencio en el que estuvo inmersa las últimas semanas; pasillos alfombrados de voces, gestos y cabezas en constante movimiento serpenteaban el entramado de corredores y escaleras que con-

ducían hacia los distintos puestos, como si en éstos se ofreciera el bálsamo mágico capaz de hacer que el mudo gritase: ¡Es mi vez! mientras el parálítico saltaba, señalando con envidia y vehemencia la pieza que más le apetecía para él con el fin de dar gusto a los suyos. Y así, detrás de una larga y brillante hilera de besugos, truchas, salmonetes y otros boquiabiertos animales, Raúl desescamaba un emperador sobre un poyete de madera oscura con la habilidad de un cirujano plástico.

—¡Carmen! benditos los ojos... ¿pero dónde te has metido? (...)

—Hola, Raúl. ¿Cómo estás?

—Desesperado.

—¿Por qué?!

—¿Y tú me lo preguntas?

—Pues, sí.

—¿Tú crees que puedo vivir en esta pecera sin que tus ojos iluminen el fondo helado de mis muertos?— le interrogó, Raúl, teatralmente, levantando el bisturí del vientre del emperador.

—¿Quieres hacer el favor de terminar de limpiarme el pescado y dejar de decir tonterías?— le increpó una mujer de mediana edad con una papada de columpio, cayéndole sobre un luciente vestido negro. Raúl la miró fijamente, agarró un cuchillo acerado con mango de madera gastada y de tres secos y certeros tajos dividió el pez para luego depositar los pedazos en un papel de estraza, antes de largárselo por encima del



empinado mostrador.

—¿Sabes quién es?— le preguntó Raúl, después de que la otra guardó el paquete dentro del carro, pagó y se perdió por entre el ordenado caos de las galerías.

—No, bueno, creo que la he visto alguna que otra vez por el mercado, pero no he hablado nunca con ella. Parece un poco rara ¿no?

—Y algo más.

—¿Qué quieres decir?

Raúl rodeó el puesto, secándose las manos en el mandil, se acercó a Carmen y la puso al día, no sin antes bajar el tono de la voz.

—Ya sabes que su marido, don Ruperto, era propietario de un par de puestos...?

—Pues no.

—Hija, no sabes nada.

—Nada— confirmó Carmen con una sonrisa de satisfacción.

—¿Sabes que te encuentro un poco rara?

—Ya.

—Bueno, pues hace dos semanas murió.

—¿Quién?

—Don Ruperto, el marido de doña Justa, la simpática de la papada.

—Vaya.

—Sí, le encontraron muerto, aquí.

—¿Aquí?— preguntó sorprendida, mirando el puesto de Raúl como si de entre los cajones de pescado fuera a aparecer el difunto de doña Justa.

—Sí, querida, aquí mismo.

—Y tú, bueno, viste cómo...

Raúl negó pensativo con la cabeza.

—Se lo encontraron muerto cuando abrieron el Mercado.

—¿Cómo?

—Como mis peces, con los ojos abiertos.

—No seas idiota, quiero decir que cómo es posible que nadie lo viera antes.

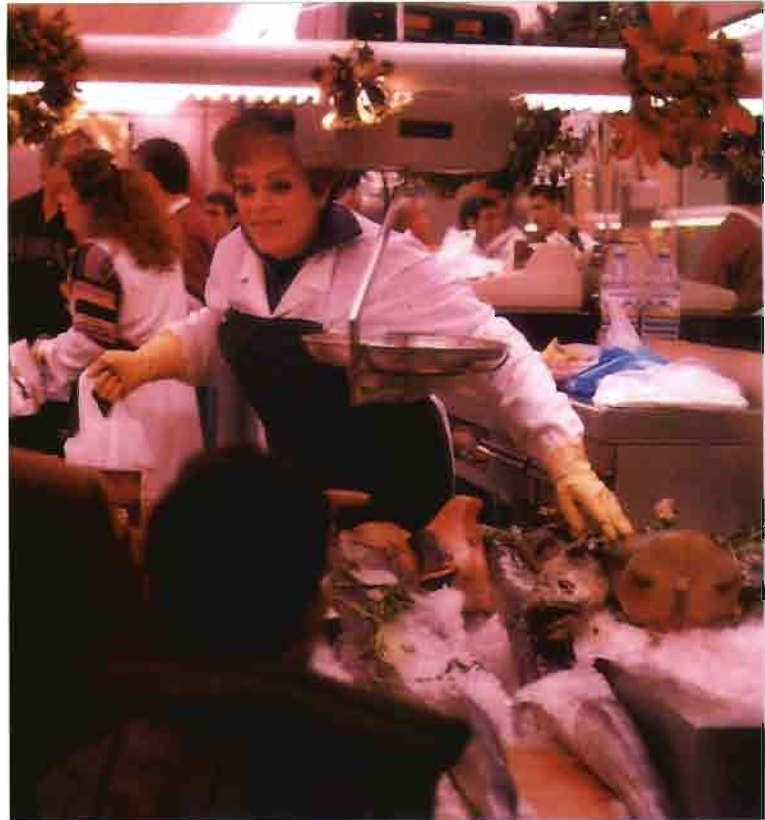
—Dos policías estuvieron hablando conmigo; según ellos la muerte le vino alrededor de las tres de la mañana— Carmen le miró fijamente y dejó caer la espalda sobre la pared del puesto. Las voces del mercado se mezclaban en su cabeza como si ellas mismas intentaran crear un nuevo idioma basado en la absoluta falta de sentido. —Carmen, ¿te encuentras bien?

—¿Qué? oh, sí. Dime ¿te dijeron de que murió?

—Infarto.

—¿A las tres de la mañana dentro de un mercado vacío?

—Así es. ¿Qué te parece? un poco raro ¿no? Perdona un momento. Raúl volvió a entrar en el puesto para atender a una cliente, la despachó rápidamente y regresó junto a Carmen.



—¿Sabes lo que creo?

—Que el infarto le dio en algún otro lugar y alguien le trasladó hasta aquí— se le anticipó Carmen.

—Podría ser, pero son pocas las personas que tienen la posibilidad de abrir las puertas del mercado cuando quieran.

—Comprendo.

—Yo creo que por alguna razón se quedó encerrado voluntariamente cuando algo pasó aquí, Carmen, cerca de este mismo puesto.

—¿Tú crees? A propósito, qué me querías decir antes de su mujer, perdón de su viuda.

—Que no me fio de ella, no sé, no es sana.

—¿Por qué?

—Te digo, no sé, confieso que no tengo nada en que basarme, es, si quieres, un presentimiento. De todas formas, ¿no te parece un poco extraño que en cinco años ésta haya sido la segunda vez que se ha acercado a mi puesto?

—...¿Cuándo fue la primera?

—El miércoles pasado, una semana después de que murió su marido, y hoy miércoles vuelve otra vez. Y hay más, ¿quieres que te diga que día de la semana le encontraron sin aliento al pobre don Ruperto, en el suelo de este mismo puesto?

—Un miércoles— adivinó Carmen sin dificultad con los ojos puestos en una pescadilla medio enterrada en hielo. —Sí, sí que parece un poco raro..., prepáramela, ¿quieres?

—Claro.

Raúl se negó a cobrársela a cambio de quedar citados para el sábado, ella aceptó, se despidieron y Carmen continuó haciendo su compra por el mercado, pensando en Raúl y en la historia que le acababa de contar.

Raúl era un buen muchacho, un chico serio, nunca se inventaría una cosa así. Carmen le conocía bien, estuvo saliendo con él una buena temporada; iban al Cine, paseaban bajo las arcadas de la Plaza Mayor, se perdían cogidos de la mano por el Pasaje de San Martín, por las estrechas y pintorescas calles de los Quesos, de Pedro Isidro, de la Tea, para volver a salir a la Plaza Mayor y hacer tiempo hasta que el bar de copas de la Plaza de Sosa abriera; hacían el amor en su casa, hablaban mucho, se intercambiaban libros; era divertido y la hacía reír, pero tenía diez años menos y con el tiempo eso se fue notando. Entonces Carmen decidió enfriar la relación hasta terminar convirtiéndose en lo que ahora eran: unos buenos amigos.

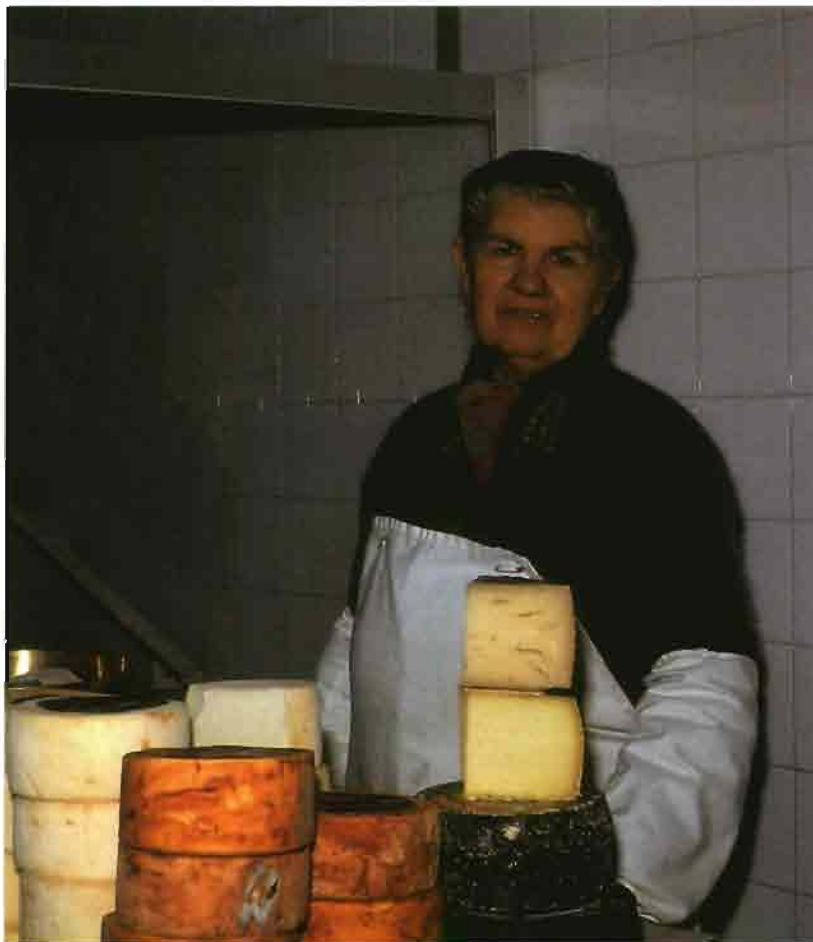
No obstante, en la charcutería de Teo, Carmen trajo a colación lo del marido de doña Justa, y éste y otras dos parroquianas del puesto le dijeron, más o menos, lo mismo que Raúl, si bien con nuevos añadidos, típicos de quienes se han enterado del caso por terceros, cuartos o simplemente basándose en sus propias creencias e imaginaciones. Carmen reaccionó como suponía que debía hacerlo, pagó a Teo las morcillas que le compró, sonrió a todos y se zambulló en una amalgama de olores, voces y ruidos que no la abandonaron hasta traspasar la puerta del mercado por el Rincón de San Esteban, e incluso entonces siguió sintiendo en sus oídos un zambullido de palabras inconexas, frases salpicadas de estallidos mecánicos y golpeteos de cuchillos que, unidos a sus pensamientos como una cucharada de sal dentro de una taza de café, formaban en su cabeza un pandemonium de mil diablos.

Carmen cruzó la Plaza cargada de bolsas de plástico. Los chavales seguían corriendo alrededor de los arcos, pero ya no le apeteció unirse a ellos, en el caso de que se atreviera, o fuera capaz de traspasar los lindes establecidos por las leyes ilógicas de la edad y de lo que ésta pueda significar. En aquellos momentos, Carmen no sabía donde se encontraba; después de su reciente cuarentena de silencio y reflexión, esta salida al mercado, la historia que le acababan de contar y de alguna manera la semejanza entre la muerte de

don Ruperto y su voluntario encierro, la llevaron como dentro de un suspiro hacia su casa.

Sólo cuando abrió la puerta de su piso y dejó las bolsas encima de la mesa de la cocina creyó comprender que el destino, o cualquier otra cosa parecida, estaba jugando con ella; "como los niños en la Plaza del Ayuntamiento, saltando obstáculos que únicamente existían en sus imaginaciones", se dijo como si hubiera descubierto la causa por la que el mundo no se detiene aunque unos pierdan la vida y otros su sombra. Con estas sacó la compra de las bolsas y canturreando empezó a preparar una pescadilla a la bilbaína, creyéndose, de alguna forma, destinataria de un legado incierto y misterioso.

Una vez que dio buena cuenta de la comida en la mesa del salón, donde en muy contadas ocasiones ofrecía en ella sus favores culinarios, y los efluvios del vino con que acompañó al pescado la fueron relajando, empezó a suponer, y luego creer, que las coincidencias eran símbolos externos, un ajuste de hechos no relacionados que Carmen, pensó, merecía en esos momentos de experiencia personal, una fría reflexión, ahora que su estómago no se interfería en sus pensamientos y su decisión de "no ser", para ser ella una nueva persona vinculada a la consciente individualidad colectiva, la convertía en





una completa desconocida; algo así como una detective privada investigándose a sí misma y por ende a los demás, destacándose de entre todos la muerte de aquel otro desconocido dentro de un mercado al oeste de cualquier lugar.

Carmen se sirvió un último vaso de vino y con él dejó la mesa para sentarse en una mecedora, situada junto a la ventana del balcón; el sol se había ido ocultando y en su lugar un cielo de nubes sombreaba la ciudad.

Fue un miércoles cuando Ruperto, después de quedarse voluntariamente encerrado en el mercado, como sospechaba Raúl, apareció muerto; al miércoles siguiente su viuda va a comprar por primera vez en cinco años en el puesto donde se lo encontraron; un miércoles más tarde rompo mi voluntario aislamiento para ir al mercado, veo a la viuda, me entero de todo y lleno mi "Nada" de algo que no sé lo que es. Bueno, pues para empezar no está mal, pensó, Carmen, vaciando su vaso de vino. Y ahora viene la gran pregunta: ¿Cómo se guisa todo esto? dejó el vaso vacío en el suelo, cerró los ojos y meciéndose se quedó dormida.

—¿Cómo te encuentras, Justa?

—Ya ves, intentando resignarme.

—Ahora debes cuidarte, Dios ha querido llevárselo y lo

único que queda es eso, resignación.

—Ya, pero pensar en él, allí solito, muerto hasta que se abrió el mercado y le encontraron tirado en el suelo.

—Lo sé, hija, lo sé.

Las dos amigas, doña Justa y la Hortensia, se consolaban, sentadas en el cuarto de estar de la primera, frente a sendas copitas de anís.

—¿Aún sigues sin explicarte cómo se quedó encerrado en el mercado?

Doña Justa levantó el codo, dejó la copa encima de la mesa camilla, se sonó la nariz, suspiró ruidosamente y calló negando con la cabeza.

Raúl, por su parte, andaba esos días preocupado, a la vez que excitado, ante las visitas que le hizo la policía al puesto, mientras sus compañeros de mercado hacían corros y propagaban las más extraordinarias y disparatadas historias sobre la muerte de don Ruperto.

Carmen, mientras tanto, disfrutaba en la soledad de su apartamento de una paz interior que le resultaba difícil de explicar; era como si la misteriosa muerte de aquel pobre hombre le hubiera proporcionado una especie de felicidad, una honda satisfacción, una fuerza retroactiva que le hizo sentirse



culpable por un sinfín de temas no finalizados a lo largo de su vida, bien por miedo, pereza o cobardía.

No lograba entender, no sabía lo que dentro de ella se estaba moviendo; era como si una nueva Carmen estuviera naciendo de esa otra callada y aburrída con la que convivió durante 34 años. Entonces sonó el teléfono; era Raúl que le recordaba su cita, hablan transcurrido tres días desde su visita al mercado y para ella era como si el reloj hubiera avanzado tan sólo tres horas. Quedaron en la cafetería Blu's Mery y Carmen pensó, después de colgar, en lo rentable que le había resultado aquella primera salida; un relato extraordinario con vínculos similares a los de su reciente historia, una pescadilla gratis y una cita con el chico que durante un tiempo le gustó, y por qué no decirlo, del que estuvo enamorada.

Hoy lo único que quería de él era una información más completa sobre su muerte, como para sus adentros llamaba al difunto don Ruperto. También, como no, se preguntaba, si bien con muy poco entusiasmo por encontrar una respuesta,

el por qué de este interés; de acuerdo que aquí se daban muy pocos acontecimientos interesantes y por supuesto, que ella supiera, ninguno parecido al que desde el miércoles la ocupaba, pero también sabía que aun teniendo este hecho alguna influencia en su monótona existencia, no era la única causa; un mes antes, este mismo acontecimiento no hubiera trascendido en ella más allá del lógico cotilleo de mercado.

Su vacío, ése era el móvil real, su "Nada", recién descubierta, como principio de una nueva creencia y al mismo tiempo su búsqueda, fuera de ella, que le proporcionara algo con que alimentar su nueva y experimental quimera. Estos eran los auténticos porqués y su interés por don Ruperto y las circunstancias que rodeaban su muerte, que dicho sea de paso y fuera de estas consideraciones, le traía sin cuidado; y sin embargo, estaba dispuesta a lo que fuera con tal de tomar parte en aquel asunto, o en cualquier otro, se dijo en la habitación mientras elegía la ropa que deseaba ponerse para su cita, pero puesto que ya tenía éste a mano para qué buscar más, y sacó del armario un traje de chaqueta.

Esa tarde del sábado el sol lucía como una cabeza rasurada en una fiesta hippy, las aceras se encontraban salpicadas de jóvenes esforzados por vestir mejor que sus amigos y el viento mareaba las hojas secas de las plazas. Carmen se subió la solapa del abrigo, se retocó el peinado frente al escaparate de una zapatería y pocos minutos más tarde entró en la cafetería.

Raúl, que se encontraba sentado en una de las mesas del fondo, se levantó tan pronto ella se acercó y luego de los clásicos y tensos primeros minutos de un encuentro largamente deseado por él, Carmen fue directamente al asunto. Raúl se sintió aliviado y orgulloso a un tiempo al poder demostrarle lo muy enterado que estaba de aquello que tanto parecía interesarle.

Bueno, pues la cuestión era, según lo que pudo deducir de las conversaciones que mantuvo con uno de los agentes que seguían el caso de don Ruperto, que aquel día el fallecido se personó a última hora de la tarde en el mercado para solucionar algunos asuntos relacionados con sus puestos cuando le sobrevino un amago de infarto. Al sentirse mal, debió ir a la oficina del mercado para llamar por teléfono a alguien sin conseguirlo porque al parecer cayó antes desmayado; cuando abrió los ojos y se dio cuenta, el teléfono se encontraba en el suelo; intentó llamar nuevamente, pero éste estaba roto; según parece al caer se lo llevó por delante, así es que salió al

mercado y al verse encerrado y a oscuras le vino un segundo ataque del que ya no se levantó.

Carmen se quedó desconcertada.

–¿Eso es todo, así de sencillo?

–¡Hombre!

–¿Y esas sospechosas coincidencias relacionadas, como tú muy bien advertiste, de los miércoles?– preguntó Carmen con una ironía que rayaba el dolor de estómago.

–Pues no son más que eso, coincidencias, es más, cuando se lo hice notar al agente, me puso cara de Gran Danés y me preguntó que si lo que pretendía era inculpar a su viuda. Yo por supuesto lo negué, acto seguido empezó a hacerme preguntas y créeme que me sentí como si me encontrara ante un pelotón de ejecución– El camarero se acercó a su mesa, Raúl pidió un carajillo y Carmen un café. Una música de piano salía de las paredes del local. Dos hombres sentados en los taburetes de la barra hablaban con el camarero mientras éste trajinaba con la cafetera. Luego puso sus consumiciones sobre la bandeja y se las sirvió. Sólo cuando se alejó, Raúl continuó hablando, bajando el tono de la voz. –No tienen ninguna prueba que justifique una muerte no natural; en su cuerpo no existían muestras de violencia, y para más inri en su cartera encontraron 58.000 pesetas de un cobro que había realizado aquella misma tarde– Raúl bebió un sorbo de su carajillo sin apartar los ojos de Carmen antes de terminar con sus indagaciones. –Por lo tanto, según he creído entender, la muerte de don Ruperto es, prácticamente, un caso cerrado.

Carmen suspiró decepcionada y se dejó caer sobre el respaldo del asiento.

–No puede ser.

–Pero, por qué, qué te va a tí en este asunto.

–No lo entenderías.

–Prueba– le contestó Raúl muy serio, marcando los codos sobre la mesa.

–Vámonos.

–¿Y tu café?

–No me apetece.

Durante cerca de diez minutos caminaron en silencio, luego Raúl empezó a hablar de vaguedades sin obtener ninguna respuesta. Carmen se encontraba en algún lugar de su nada particular y por mucho que Raúl se esforzó, no consiguió sacarla de su mutismo, hasta que ella no quiso. Fue sentados en un banco del Paseo de la Vera. Carmen miró por

entre las ramas secas y amarillentas de los árboles y empezó a hablar como si lo hiciera para ella misma, le contó todo; su despido del Ministerio, su encierro en casa, las conclusiones que de éste sacó y su convencimiento de que la muerte de don Ruperto, precisamente en un miércoles, era una prueba extraordinariamente imbécil e inteligente de que todas las cosas poseían un significado y nada, nada podía variar su signo. –Nada ¿comprendes?– le dijo con los ojos inyectados de razón.

Raúl la miró como si le estuviera contando un relato de Cortázar, Boris Vian, Poe, Kafka o de un loco que hubiera asumido todas estas personalidades en un solo cuerpo, en este caso de mujer, y terminó riéndose sin ganas, únicamente por reaccionar de alguna forma. Carmen no se inmutó, volvió a desviar la mirada hacia las ramas frías y soleadas de los árboles y le dijo lo que en su opinión debían hacer.

–Escucha, Raúl, escúchame bien, no me importa que me creas o no. Yo sé lo que digo y aunque te parezca todo esto un poco raro, tiene su lógica. ¿Sabes lo que vamos a hacer el miércoles que viene?– Raúl negó con la cabeza –Nos vamos a encerrar en el mercado y creeme que encontraremos algo muy gordo, lo presiento.

–Tú estás loca.

–Puede, Raúl, pero si eres capaz de estar conmigo en esto–





le acarició la cara –nunca lo olvidaré– terminó abrazándose a él con una pasión sincera que a ambos les hizo recordar el ardor de otros tiempos.

–¿Tan importante es para ti?

Carmen asintió con la cabeza hundida en su cuello.

–Está bien, lo haremos– concedió Raúl pensativo. Carmen le miró como si fuera la primera vez que le veía, dejó caer la mano sobre su muslo, le besó en los labios y se levantó del banco.

–No– le advirtió cuando Raúl intentó imitarla –es mejor que no nos vean juntos– Raúl intentó decirle algo pero ella se lo prohibió posando dos dedos sobre sus labios. –Yo te llamaré– le susurró, luego se alejó, clavando sus tacones entre las grietas del paseo hasta perderse por completo bajo la luz fría y macilenta de la tarde.

Aquella noche, mientras se duchaba, Carmen pensó en su reciente y brillante idea, en su nuevo socio y en los posibles contratiempos que le podía acarrear, a cambio de servirse de él en este encierro de mercado; un alboroto reglamentado de muertes por infarto u otras propias de una producción subsidiaria, destinada al consumo diario. Entonces se palmeó la frente, cerró los grifos de la ducha, se ciñó al cuerpo la toalla de baño, cogió el teléfono y llamó a Raúl. Esa misma noche hicieron el amor en su apartamento; Carmen sabía por experiencia que si a los hombres no se les calienta

el cuerpo se les enfría la memoria y terminan olvidándose de sus promesas.

Al día siguiente Raúl se fue satisfecho consigo mismo y convencido de que el propósito de Carmen de encerrarse con él en el mercado, como anteriormente lo había hecho sola en su casa, era una extravagancia, un capricho de mujer solitaria, si así lo quería interpretar, pero que en el fondo rezumaba una forma de ruptura, de valiente transgresión que el valoraba en la medida que era capaz de comprenderlo, es decir, no sabía por qué pero tenía que seguir su juego si quería continuar mirándose en el espejo sin desear romperlo con la única arma que en esos momentos poseía, el aburrimiento.

Y llegó el miércoles con un deseo controlado de alcanzar, al menos por un día, la locura de salirse de la vía. Una hora antes de que el mercado cerrara Carmen ya se encontraba dando vueltas por los puestos con una bolsa de deportes al hombro, viendo como, poco a poco, los comerciantes iban guardando los géneros en las cámaras y lavaban sus comercios. Raúl hacía lo mismo sin darse mucha prisa, mirando hacia todos los lados, matando al tiempo como podía hasta que el último local de su galería cerró. Entonces Carmen salió de algún lugar del corredor y se acercó a Raúl. Este la tomó rápidamente del brazo para conducirla detrás del alto mostrador de la pescadería, apagó las luces del puesto, las últimas que quedaban encendidas, y con el cora-



zón latándole por encima de la camisa fue a ocupar su lugar junto a Carmen.

Durante un tiempo permanecieron inmóviles, escuchando los clásicos ruidos del mercado a esas horas; cierres, voces aisladas, pasos alejándose hacia las puertas de salida..., luego las luces de las galerías se fueron paulatinamente apagando y retumbó un último y largo chirrido, que Raúl siempre había interpretado como el final de un día de trabajo, pero que percibió como el comienzo de una experiencia estúpida de la que ya no podía volverse atrás.

Sentado en el suelo miró muy serio a Carmen; ésta le sonrió, se acercó a su oído y le preguntó si ya podían sentirse tranquilos. Sin apartar los ojos de ella, Raúl se limitó a comunicarle, fríamente, lo que pensaba: -Lo que creo es que estamos haciendo el idiota-. Carmen, a su vez, le respondió besándole la nariz. A continuación dejaron que los minutos transcurrieran lentos, como el compás de una caja de música sonando dentro de sus propios silencios, hasta que Carmen, después de abandonar a gatas el mármol frío y pegajoso de la pescadería, se asomó a la oscura galería, volvió a donde se encontraba Raúl y le cogió de la mano.

-Vámonos.

- A buenas horas te entra la cordura- le replicó éste, moviendo la cabeza con pesar. -¿No ves que ya no podemos salir de aquí, por lo menos hasta las cinco de la mañana?

- No seas bobo, no me refiero a salir del mercado, sino del puesto. ¿No comprendes tú, que lo que tenga que suceder ha de ser aquí? Esta pescadería es la clave y si quieres que te diga la verdad, Raúl, me extraña que no sepas más de lo que me has contado.

-¿Qué quieres decir?- se incorporó, Raúl, ofendido.

-Nada, nada, venga, vamos a escondernos detrás de la Charcutería, coge la bolsa.

-¿Qué hay en ella?

-Un saco, no quiero coger una pulmonía.

Instalada convenientemente en su nuevo puesto de observación, a escasos 20 metros de la pescadería, la pareja se protegió del húmedo frío del mercado dentro del saco; recostada en una de las paredes del puesto de Carlos y M^a Angeles, Carmen se interrogó en silencio sobre la posibilidad de que no ocurriera nada; eso sería, pensó, una lógica que no deseaba ni

estaba dispuesta a aceptar, significaría volver a su vacío particular y perder lo que para ella suponía un protagonismo, casual, vale, pero extraordinariamente necesario para sus fines, cuales eran encontrar fuera de ella un sentido con que suplir sus propias carencias, sus ausencias, su absoluta falta de fe, de cualquier fe.

Raúl, por su parte, una vez hecho a la idea de quedarse esa noche encerrado con su antigua novia en el mercado, sin importarle mucho el por qué, viendo el montaje que se había fabricado no pudo reprimir una sonrisa, al tiempo que pensó en su última noche con ella; y con éstas la rodeó con los bra-



zos y empezó a besarle el cuello. Carmen, al principio, se dejó hacer pero al ver que el tiempo iba pasando sin que nada ocurriera, comenzó a intranquilizarse, a sentirse nerviosa y un poco engañada.

Finalmente, salió del saco irritada consigo misma y con Raúl, quien no cesaba de mandarle pequeñas miradas burlescas, y se paseó cabizbaja junto a los puestos. No obstante en su mente revoloteaba con más fuerza que nunca el sentido de sus encierros; primero en el Ministerio, luego en su casa, después las coincidencias de aquellos miércoles que se fueron estableciendo sin su conocimiento y que originaron esta nueva



encelada. Algo dentro de ella le decía que no estaba equivocada y que el principio de su intento por ser ella misma pasaba por el esclarecimiento de la muerte de don Ruperto, o de cualquier otra muerte, así como anteriormente lo hizo el Ministerio con ella.

De vuelta junto a Raúl, la otra Carmen, la del mercado, supo que no tenía que hacer otra cosa que esperar y la solución vendría sola; su compañero de encierro no pensaba de igual forma y prefirió pasar el tiempo ejercitando su virilidad con Carmen, hasta que ella le detuvo para consultar la hora.

—Nadie vendrá, ya es demasiado tarde— sentenció, Raúl, con un semblante frío y retador. Carmen asintió con los ojos extrañamente brillantes, luego miró hacia un lado del puesto y se levantó.

—¿Dónde vas ahora?

—Enseguida estoy contigo.

Carmen se agachó, cogió algo del suelo, se dio la vuelta y volvió con él.

—Eso es, ven, métete en el saco, es lo mejor que podemos hacer, ya verás qué bien nos lo pasamos.

Carmen le sonrió, se acercó más a Raúl y enarbolando un tubo de hierro se lo hundió en la cabeza con un sólo golpe seco que le dejó postrado contra la pared y los ojos fijos y abiertos. Por las cristalerías laterales del mercado empezó a fil-

trarse una tímida claridad. Carmen sacó, no sin grandes esfuerzos, el cuerpo yerto de Raúl de su saco, guardó el plumas en la bolsa de deportes junto con el tubo de hierro, limpió con un pañuelo todo aquello que hubiera podido tocar y después de echar una última ojeada a la caprichosa prueba que el destino quiso para ella, se fue hacia un rincón, cerca de una de las puertas del mercado, en espera de que abrieran.

Por fin, pensó Carmen desde su nuevo y último escondite, había sido protagonista de una partida única y el resultado le había sido favorable, para ello había apostado fuerte; había dejado sobre la mesa un puñado de esperanzas, su fe en los demás, un reguero de sangre fluyendo por la cabeza del pasado y la ilusión de volver a ser ella; una mujer como las demás, todo a cambio de no ser "nada" para sentirse feliz y única responsable de sus actos.

Un par de lágrimas acariciaron sus mejillas mientras los cierres del mercado se levantaron pesadamente; la luz del nuevo día inundó las galerías, Carmen aprovechó la circunstancia y se escabulló por una esquina de la puerta. La plaza del Ayuntamiento sangraba sombras entre las cortezas de los árboles. Carmen sonrió con tristeza, se colgó la bolsa de deportes en el hombro y bajó la calle de Trujillo con los ojos puestos en sus propios pasos. □

MARIANO ROJAS. Escritor.